

ran, de carácter sumamente delicado, copiado por mano de Omar, está allí envuelto con una lave de plata de la Kaaba. Solamente se desplega cuando el sultan ó el primer visir se pone á la cabeza del ejército, ó cuando se quiere reanimar el entusiasmo nacional y religioso.

Bajo este estandarte alcanzó Mahoma sus primeros triunfos, inspirando á sus sectarios la confianza que da la victoria, y que supo crear los grandes capitanes que dieron cima á su obra.

Cuando exhaló el postrer suspiro hubo una dolacion universal entre sus fieles; luego se suscitaron murmullos de descontento y de duda. Algunos dijeron que no podia morir el Profeta, y que volveria, como Moisés, al cabo de cuarenta dias, ó resucitaria á los tres dias como Cristo. El impetuoso Omar llegó hasta á amenazar con su espada á los que alegaran una opinion contraria. Pero el prudente Abou-Bekr, al mismo tiempo que aplaudió su celo, desaprobó sus resultados, y dijo: *¡Adorais á Mahoma, ó al Dios de Mahoma? Dios vive eternamente; pero su apóstol era mortal como nosotros, y ha terminado su carrera.*

Esta sentencia, confirmada por un principio de putrefaccion, sosegó los ánimos, y se prepararon espléndidos funerales al Profeta. En vez de sollozos y gemidos, sólo se oyeron alabanzas á este hombre insigne que habia juntado el lauro del poeta, el cetro del legislador y la espada del guerrero.

Por eso se suscitó una nueva disputa cuando se trató de señalar el punto donde debía ser sepultado. Querian los moadgerianos que fuera trasladado á la Meca, su ciudad nativa; los ansarianos poseerle en Medina, que le habia dado asilo; otros depositarle en Jerusalem en medio de los profetas. Abou-Bekr zanjó tambien esta dificultad, declarando que el Profeta habia expresado su voluntad de que se le enterrara allí donde muriera.

En su consecuencia, su fosa fué abierta bajo el mismo lecho en que habia espirado, y allí se depositaron sus despojos. Despues se levantó en aquel sitio una magnífica mezquita, sirviendo de modelo la de la Meca, en forma de torre, ceñida de galerías, cubiertas con un pequeño edificio en el centro. Está sostenida por doscientas noventa y seis columnas, diferentes una de

otra que, alzándose desde la tierra, están adornadas de arabescos, de piedras preciosas, de inscripciones de oro.

Hácia el ángulo Sudeste de la mezquita, está el sepulcro de Mahoma dentro de un cuadro de piedras negras, sostenido por dos columnas; á su lado reposan sus dos primeros sucesores, cuyas tumbas están siempre cubiertas de preciosas alfombras.

Habiendo exclamado Mahoma poco tiempo antes de morir: *¡Malditos sean los judios que convirtieron en templos los sepulcros de sus profetas!* no podia tener un templo como Dios; pero visitar su sepulcro es uno de los principales deberes del islamismo. Todo el que allí se encamina debe repetir asiduamente ciertas fórmulas, especialmente cuando descubre los árboles del territorio de Medina. Antes de entrar en la ciudad se purifica con abluciones, se pone sus mejores vestiduras, se purifica con los aromas de más precio y hace limosnas. Al acercarse á la mezquita, debe exclamar de este modo: *¡Oh Señor, sed propicio á Mahoma y á la familia de Mahoma! ¡Oh Señor, purgadme de mis pecados y abridme las puertas de vuestra misericordia!* En seguida se adelanta hácia el *parterre glorioso de las flores*, es decir, hácia el sepulcro, y va á orar á todos los lugares consagrados por recuerdos, cumpliendo las ceremonias que practicaron los primeros apóstoles.

### CAPITULO III.

Los árabes en España.

Por esta época la España, sede de un gobierno árabe independiente, y teatro de una lucha generosa, que no acabó hasta el fin de la edad media, pertenece más bien á la historia del Asia que á la de Europa. Dejamos á esta península con los reyes godos que la reunian toda entera bajo su dominacion y poseían además las fortalezas de Tánger y de Ceuta. Aunque hacia mucho tiempo que los godos se hallaban establecidos en España, todavia no se habian confundido con los primitivos habitantes. Gran número de judios, que habian fijado en el país su residencia desde época muy antigua, empezaban á querellarse de la intolerancia de los concilios. Como en ellos se trataba á la vez de los asuntos políticos y religiosos, adquirió un

poder el clero, que útil en un principio para dulcificar á los vencedores, permitió luego á los sacerdotes abandonarse impunemente á sus vicios y aspirar á la dominacion temporal. Hallábanse los reyes embarazados por la autocracia clerical, y cada nueva eleccion en este país donde ningun orden se hallaba establecido, ocasionaba disturbios y á veces guerras; los privilegios del trono iban disminuyendo y se multiplicaban los descontentos.

Despues del reinado cruel de Witiza, Rodrigo, duque de Córdoba, sacó ventajas á sus rivales y ocupó el trono; pero temiendo los hijos de Witiza que vengara en ellos las iniquidades paternas, se pusieron en salvo en Ceuta, donde se hallaba de gobernador el conde don Julian, cuñado de Witiza y hermano de un tal Oppas, á quien Rodrigo habia quitado la esperanza de conseguir el arzobispado de Toledo. Ambos recibieron favorablemente á los huérfanos, y bajo pretexto de restablecerlos en el trono, aspiraron á reclutar parciales en España. Habiéndolos reunido en el monte Calderino, cerca de Consuegra, deliberaron acerca de los medios de llevar á buen término el levantamiento meditado; y, como acontece por lo comun en medio de la ceguedad de las facciones, se tuvo por mejor el más desesperado, puesto que se resolvió reclamar la ayuda de los árabes.

Julian fue en busca de Muza, emir del Africa, ofreciéndole entregarle á Tánger y ayudarle con sus amigos á conquistar la España. Fácil es de concebir cuánto sonrió á la ambicion de Muza semejante conquista; á su fé, la perspectiva de propagar el islamismo en Europa; á su codicia, la adquisicion de un país ya atacado vanamente por los suyos; pues, como dicen los poetas árabes: «Aventura en mucho á todas las regiones conocidas; es la Siria por la suavidad del clima y la pureza del aire; es el Yemen por la fecundidad del terreno; es la India por sus flores y sus aromas; es el Hedjaz por los productos de la tierra; es el Catay por sus metales preciosos; es el Aden por sus puertos y sus costas.

Habiendo autorizado Muza la expedicion, confió á Tarif-ben-Zeyab, que se habia señalado por su valor en la conquista de Almagreb, doce mil intrépidos guerreros con los cuales desembarcó en la isla Verde. Despues de haber triun-

fado de la primera resistencia de los godos, se fortificó en aquella posicion importante, sobre la roca de Calpe, que á consecuencia de su nombre fué llamada Gibraltar (*Gebel-al-Tarif*).

El godo Teodomiro, encargado de guardar aquella costa con la escuadra, pidió prontos socorros á Rodrigo, quien mandó emprender la marcha á la flor de su caballería. Prendió el árabe fuego á sus naves y obligó á los suyos á la victoria con la imposibilidad de la fuga. Teodomiro fué derrotado cuantas veces volvió á la carga, y los corredores del enemigo esparcieron el espanto por todo el país, mientras el grueso del ejército ocupaba los alrededores de Sidonia y amenazaba á Sevilla.

Rodrigo, que peleaba entonces contra los gascones sublevados, acudió con cuantas tropas pudo allegar para conjurar tan perentorio peligro. Habiendo encontrado á los árabes á las orillas del Guadalete, les dió batalla por espacio de ocho dias consecutivos, y acabó por ser muerto en la refriega. Fueron derrotados los suyos y allí terminó el reinado de los godos.

Muza vió con júbilo la cabeza del rey de España, que le fué enviada; pero envidioso de la gloria de Tarif, le trasmitió la orden de hacer alto hasta que recibiera refuerzos. Conociendo Tarif cuán importante era sacar partido del desaliento de los godos y de la confianza de sus tropas, prefirió á las órdenes del emir los consejos de la prudencia y el dictamen de sus oficiales. Dividió en su consecuencia su ejército en tres cuerpos y dirigió uno sobre Córdoba, otro sobre Málaga y el tercero sobre Toledo. Secundaban los judios los progresos de los árabes, á la par que habiendo perdido la poblacion indígena el hábito de esgrimir las armas, se sometia sin resistencia. Córdoba fué tomada; Ecija, Málaga, Elvira, se sujetaron á pagar el tributo de sangre, es decir, el rescate de sus vidas; Toledo obtuvo conservar sus leyes y sus jueces con el libre ejercicio del culto, aunque sin publicidad.

Tarif halló en el palacio de los reyes godos inmensos tesoros, las veinticinco coronas enriquecidas con pedrerías de los príncipes que habian dominado en España desde Alarico hasta Rodrigo; además una célebre mesa de esmeralda. Esto es todo lo que saben encomiar las tradiciones de los árabes.



No quiso Muza dejar por más tiempo á otro los laureles y las ventajas de la conquista, y desembarcando con un cuerpo de árabes, de berberiscos y de judíos desterrados, forzó á Sevilla á capitular, y luego á Carmona y otras ciudades. Habiendo penetrado posteriormente en la Lusitania y en el país occidental (*Algarve*), llegó delante de Mérida y exclamaba acampado bajo aquellos soberbios baluartes: *¡Dichoso el que triunfe de esta ciudad, monumento inmenso de la industria humana!* Se le rindió después de un largo bloqueo, á condicion de que cada uno de sus habitantes podría alejarse dejando en la ciudad, armas, caballos y bienes; de que las riquezas de las iglesias pertenecerían á los vencedores y de que los que se quedaran serían protegidos.

Incorporado Muza á Tarif en Toledo, le reconvino por su desobediencia, le destituyó del mando y le hizo cargar de cadenas.

Abd-el-Aziz, llegado de Africa con refuerzos, sometió la Andalucía y entró en el territorio de Murcia, donde reinaba como príncipe de los godos Teodomiro, que había opuesto al desembarco de los árabes. El valor entusiasta de éstos le arrancó la victoria, aunque no el desnudo. Habiéndose refugiado en Orihuela, hizo que se vistieran de soldados hasta las mujeres, guarneció de esta suerte los baluartes, donde pasó varias revistas. Creído entonces Abd-el-Aziz de que la guarnición era más numerosa de lo que realmente era, ofreció condiciones ventajosas, y Teodomiro se dirigió personalmente, sin ser conocido á negociar al campo enemigo. Estipulada la capitulación se dió á conocer; y no sólo fué tratado generosamente, sino hasta aplaudido cuando reveló la estratagema de que se había valido.

Prosiguiendo Abd-el-Aziz su victoria, ocupó á Jaen, Elvira, Granada, y después á Antequera y Málaga; por último, á toda Andalucía.

Habiendo reintegrado una del califa á Tarif en el mando, Muza y él se repartieron el cuidado de avasallar á la península. Este se dirigió hácia Levante, remontando el Tajo; aquél hácia el Norte; volviéronse á reunir á orillas del Ebro; atacaron juntos á Salamanca, obligándola á pagar el tributo de sangre; separándose entonces de nuevo, continuaron sus conquistas.

Pero no cesando Muza de presentar bajo co-

lores desfavorables al generoso Tarif, que sabía ganarse el efecto de los soldados, y acusando Tarif por su parte á Muza de una insaciable codicia, Walid llamó á ambos. Muza volvió como en triunfo, llevando en su séquito treinta mil prisioneros españoles, y llegó á Damasco cuando Walid estaba en los últimos de su vida. Suleiman, hermano del moribundo, le envió á decir que entrara en la ciudad antes de que él hubiera sucedido á Walid en el califato. Su intención era preservarse así de los inmensos tesoros de que era portador Muza; pero éste no hizo de aquella insinuación caso alguno. Interrogado por el califa acerca de la situación del país y de la guerra, le dijo: *Leones son los godos dentro de sus castillos fuertes, águilas á caballo, á pie mujerzuelas. Cuando se presenta la ocasión saben aprovecharla; pero si son vencidos, trepan á sus montes como cabras á buscar allí un refugio. Se parecen los berberiscos mucho á los árabes en su fisonomía y en su modo de hacer la guerra; son como nosotros sóbrios, pacientes, hospitalarios; pero no hay hombres más pífidos en el mundo. Impetuosos los francos y valientes en el ataque, son inhábiles en el momento de la defensa, y se desalientan de resultas de una derrota. Nunca los han contado nuestros musulmanes antes de acometerlos.*

Suleiman hizo pagar bien caro á Muza el disgusto que le había causado, porque una vez ascendido al califato, le metió en un calabozo, y le arrancó un enorme rescate. Entretanto Abd-el-Aziz, su hijo, sometía la Lusitania hasta el Océano, ocupaba á Pamplona y las plazas de los Pirineos, y enviaba al califa pingües riquezas. Temeroso éste de que Abd-el-Aziz y los tres hijos de Muza trataran de vengar á su padre, resolvió deshacerse de ellos. El valeroso Abd-el-Aziz fué degollado en el momento en que oraba, y le presentó la cabeza á su infortunado padre, quien exclamó: *¡Maldito sea de Dios el bárbaro que asesina á quien vale mucho más que él!* y se retiró á lo interior de Arabia, donde murió. De este modo fueron premiados los primeros conquistadores de España; enmudece la historia respecto de los traidores que entregaron su patria al extranjero, y sólo fábulas cuentan de ellos las tradiciones.

Adjub, sobrino de Muza, fué elegido por los chaiques árabes de España, para mandarles y

continuar las expediciones; pero el nuevo califa Omar II designó en su lugar á El-Aor, hijo de Abderramen-el-Kaisi, quien pesó sobre los suyos y sobre el país por su severidad y codicia.

Asemejábase mucho la conquista de los árabes á la de los septentrionales. Había sido hecha por bandas belicosas llevando chaiques por caudillos, y reclutadas cada una de ellas en país diferente, ocupando cada cual tierras por su propia cuenta. Así la de Damasco se instaló en Córdoba, que más tarde vino á ser capital de la España musulmana; la de Hems en Sevilla y en Niebla; la de Persia en Jerez de la Frontera; la de la Cólchida, Siria (Kinnesvin), en Jaen; la de Palestina, en Medina-Sidonia y en Aljeciras, junto al estrecho; la de Yemen, en Toledo y en Huerta; la de Irak, en Granada; la de Egipto, en Murcia y en Lisboa. Los diez mil ginetes del Hedjaz, se repartieron en las comarcas del interior. Así la represión de los vencidos era más inmediata y segura.

Parte de estos últimos se habían refugiado á las montañas de Astúrias para defender su vida. Envalentonados por encuentros felices, y animados con aquel valor que emana del patriotismo, creyeron en la posibilidad de restaurar el poder de España. Aprovechándose del momento en que El-Aor, hacia una excursión á la Galia Narbonense, se proporcionaron armas y reunieron á los descontentos, especialmente en Galicia, Leon y Astúrias. Tenían á su cabeza á Pelayo, vástago, según se dice, de real estirpe, pero hombre de acción y de consejo, que es lo que importa en las revoluciones, atrevido á la vez y prudente, conocedor perfecto del país, fecundo en expedientes, indomable en la derrota, y no desesperando nunca de la patria ni de su causa. Sabía lo más conveniente para la defensa y la guerra de montaña, y así evitaba las batallas y no acometía al enemigo más que en detalle.

Destacó El-Aor algunas tropas para disipar aquel puñado de rebeldes, á quienes la victoria aún no había valido el título de héroes. Pero retirado Pelayo á la cueva de Santa María de Covadonga, sobre la cumbre de una montaña, que domina un profundo abismo, hería á los moros debajo de su planta, y todos los que se atrevían á presentarse, eran aplastados bajo los

fragmentos de rocas, bajo los troncos de los árboles, bajo todo, en fin, lo que ofrecía un arma á hombres resueltos á hacer el último esfuerzo.

Inspiróles aquella posición grande esperanza; pusieron su confianza en la religión, su salvación en la victoria. Después de haber rechazado á los enemigos de la fé y de la patria, Pelayo estableció entre los suyos la disciplina que duplica las fuerzas; y reanimadas muchas ciudades por sus primeros triunfos, le ofrecieron su obediencia, víveres y brazos.

El-Samah-ben-Melic llegó á relevar á El-Aor, culpable de haber excitado el descontento y de haberse dejado vencer. Más deseoso el nuevo general de saquear el rico territorio de la Galia, que de ocupar las rocas cántabras, cruzó los Pirineos y sitió á Tolosa; pero atacado por el duque de Aquitania, quedó en el campo de batalla, y el ejército emprendió, con gran trabajo, su retirada, á las órdenes de Abderramen, á quien se confirió desde luego, en recompensa el mando; pero Ambesa, gobernador de Córdoba, lo obtuvo en seguida del emir de Africa, y dió mejor organización á la administración y á los impuestos. Exigió la vigésima parte de las rentas de los que se habían sometido voluntariamente, y la décima parte de los que sólo habían cedido á la fuerza. Envió el califa un censo exacto de España, construyó un puente en Córdoba, residencia de los gobernadores árabes, refrenó á los rebeldes y taló las Galias hasta el Ródano, aunque bajo los muros de Sens, murió de resultas de sus heridas.

Othman-Abou-Neza (Munusa) fué investido acto continuo con el mando, y poco después Odaifa, sucediéndose con tanta rapidez en España los generales, como los emires en Africa y los califas en Arabia. Con sus vejaciones excitó el sirio Aliatan las quejas del pueblo, lo cual hizo que le exonerara el califa; y fué devuelto el mando á Abderramen, quien se esforzó á fin de cicatrizar las llagas abiertas por su predecesor y por aliviar al pueblo de todo lo que era opresivo. En seguida reunió todas sus fuerzas, y habiendo hecho venir otras del Mangreb, dirigió una expedición contra la Francia, bajo el mando de Othman-Abou-Neza. Este general, que había gobernado la penín-



sula, mirababa con envidia á Abderramen, su sucesor. Habiéndose unido, por otra parte, en virtud de un matrimonio, con Eudes, conde de Aquitania, condujo debilmente la guerra, y celebró una larga tregua con los cristianos. Abderramen, con cuyo beneplácito no se había contado, se negó á ratificarla, y dió orden para que aseguraran la persona de Othman, quien viendo que le daban alcance sus perseguidores, se quitó la vida; su esposa, que era cristiana, fué enviada al harem de Damasco.

Desparramáronse entonces los árabes por la Galia; y esta provincia hubiera aumentado el número de las conquistas del islamismo, si el valor de Carlos Martel no lo hubiera estorbado.

Habiendo perecido Abderramen en la batalla de Poitiers, Abd-el-Melic recibió el mando, con orden de hacer que se levantara toda España en masa, como para una guerra sagrada, y exterminar á la Francia. Pero se había infiltrado el desaliento en el alma de los árabes y se dejaron vencer. O'ba, el nuevo gobernador, perdió un fuerte ejército en la Septimania, y no juzgó prudente aventurar nuevos combates. Severo consigo propio y con los demas, destituyó á los walis y á los alcaldes que habían abusado del poder. Puso cadís ó jueces en cada capital de provincia, fundó escuelas públicas y erigió mezquitas. Pero habiéndose visto en la precision de acudir á refrenar á los berberiscos de Africa, se aprovecharon los walis de su ausencia para hacerse independientes, y secundados los astures por este desmembramiento, se adelantaron hasta el Duero. Entretanto tuvieron que deplorar la pérdida de Pelayo, héroe digno de respeto, porque supo conjurar el peligro, cuando todo parecia perdido, y salvar la nacionalidad española. Su hijo Favila, compró la paz de los árabes; pero fué muerto poco despues en la caza por un oso, y tuvo por sucesor á Alfonso, su cuñado, que añadió al pequeño reino de Asturias, parte de la Galicia y de la Lusitania, con la mitad de Castilla, casi toda Vizcaya y algunos cantones de Navarra. Devastaba las llanuras y obligaba á los cristianos á refugiarse en las montañas.

Este engrandecimiento era favorecido por las continuas sublevaciones del Africa, que no cesaban de llamar á la orilla opuesta á los emires de España; habiendo desembarcado despues

en la península los restos de un ejército de sirios y de egipcios que acababa de experimentar una derrota, empezaron allí la guerra civil contra el gobernador Abd-el-Melic, á quien cogieron prisionero é hicieron rodar la cabeza. Pero Taalaba y Balei, jefes de esta banda de egipcios y de sirios, se enzarzaron uno contra otro, lo cual permitió á Abderramen, hijo del emir, á quien habían muerto, batirlos á ambos y adquirir el sobrenombre de Almanzor (victorioso). Aplicóse á restablecer la tranquilidad en España, y á distribuir aquí y allí tierras á los advenedizos, no exigiendo de ellos más que la tercera parte del impuesto pagado por los naturales.

Suscitado el cisma en Arabia por los Fatimitas, produjo nuevos gérmenes de division en España. Cuando Amrou, que había llevado á Yezid la cabeza del iman Hocein, hijo de Ali, vió vencer á los vengadores de éste, se apresuró á salvarse en Africa, desde donde Samail, su sobrino, pasó á España y se hizo jefe del partido egipcio. Así, los árabes que habían llegado al país en un principio, tuvieron que pelear contra los sirios, los egipcios, los alabdarios, es decir los moros ó berberiscos de Africa. Samail recorrió con ellos las provincias, poniendo á contribucion las ciudades que no se sometían voluntariamente. Declaró la caída del emir Houssam, y sublevó á las tropas haciendo brillar ante sus ojos la esperanza del saqueo, única capaz de seducirlos. Habiéndose apoderado de la persona del emir, le encerró en el fondo de una torre en Córdoba; pero algunos amigos fieles hallaron modo de sacarle de su encierro, y recorrió la ciudad proclamando victoria. Poco tardó en volver Samail, y habiendo sido muerto Houssam, en una salida, tornó á caer Córdoba en sus manos. Entonces se estableció en Zaragoza, y gobernó el Norte de la península, mientras el Mediodía obedecía á Tueba, que en esta insurreccion había empleado el brazo vencedor de los berberiscos. La intencion conocida de los dos rivales era mantenerse en el poder ganando á los walis por la connivencia, y oprimiendo igualmente á cristianos é islamitas. Gemian los mahometanos á consecuencia de esta tiranía; pero, ¿á donde habían de volver los ojos? Harto daban que hacer al emir de Africa los levantamientos conti-

nuos de los berberiscos, y era víctima de la guerra civil la Arabia. En su consecuencia, para poner remedio al mal, se reunieron los más nobles entre los árabes y los egipcios de España y convinieron en elegir un emir de Africa que, poniendo por obra la prudencia y la fuerza, pudiera terminar tan funestas divisiones. Su eleccion recayó en Yusuf-el-Fari, de la tribu de los koraichitas, quien reprimió ó se ganó la voluntad de los jefes turbulentos. Hizo reparar puentes y caminos, regularizó la reparticion y recaudacion de los impuestos, y dividió el reino en cinco departamentos. Tueba había muerto: Amer-ben-Amrou, emir del mar y jefe de los alabdarios, había obtenido á Sevilla; pero habiendo llegado á ser enemigo mortal de Samail, á quien había tocado en suerte Zaragoza, y no hallándose apoyado por el emir, atizó la guerra civil y se hizo dueño de la ciudad de su rival. Yusuf corrió á las armas, y todo era en España sangre y fuego.

Aprovecháronse de este incidente los cristianos de Asturias. Alfonso llevó sus conquistas hasta las orillas del Duero, y se aseguró su posesion por medio de una línea de castillos; fortificó igualmente hasta los más mínimos pasos de las montañas, y así mereció el título de Magno.

A este tiempo se había consumado en Arabia la revolucion que hizo pasar el poder de los Ommiadas á los Abasidas, y Aboul-Abas había confirmado á Yusuf en el gobierno de España. Pero reunidos en Córdoba cerca de ochenta chaiques, fieles á la familia caída de los Ommiadas, y no prometiéndose nada del desgarrado imperio de los califas, ni de los ambiciosos emires que se disputaban el Africa, resolvieron darse ellos mismos un jefe.

Dos sobrinos de Hikem se habían escapado del exterminio de los Ommiadas; vivieron respetados por sus tranquilas virtudes en la corte de Aboul-Abas hasta el momento en que la envidia les hizo sospechosos á los ojos del califa. Suleiman, uno de ellos, fué estrangulado; Abderramen, fugitivo entre los beduinos, hizo por largo tiempo vida errante; no creyéndose luego bastante seguro, pasó á Egipto y de allí al Mangreb; pero fué descubierto, y con gran trabajo pudo libertarse de las pesquisas del gobernador de Burca. Vagó á través de los de-

siertos hasta el instante en que llegó á Tuhart, principal campamento de la tribu Zeneta, de la cual descendía la madre de Abderramen. De consiguiente fué recibido allí como un hermano, prometiéndoles todos fidelidad como huéspedes y amigos. Parece que la tranquilidad pastoril no le hizo abandonar toda idea de grandeza; aún es probable que sus emisarios dirigieran hácia él el pensamiento de los chaiques de España. Estos, hallándole precisamente idóneo para realizar sus proyectos, le invitaron á salir de su oscuridad y á recuperar el esplendor que convenia al nieto de Mohawiah y de tantos califas. Admitió con júbilo sus proposiciones, y habiendo obtenido alguna ayuda de los Zenetes, desembarcó en las costas de España.

Yusuf había triunfado allí de Amer y dominado á sus hijos, cuando sobrevino este nuevo enemigo. Sabia al mismo tiempo que resonaba un grito de rebelion en toda Andalucia: «¡Dios proteja á Abderramen-ben-Mohawiah, rey de España!» Yusuf y Samail hicieron tenaz resistencia; pero vencidos en Musara, se vieron obligados á pedir entrar en negociaciones y á someterse.

De esta suerte el estandarte blanco, abatido en Arabia, fué enarbolado á orillas del Guadalquivir. Dueño Abderramen de España, comenzó una série de reyes Ommiadas independientes de los califas de Oriente, y dió asilo á los que se hallaban perseguidos en Siria por su adhesion á la familia desposeida.

Yusuf, y su faccion á su lado, no cesaron de inquietar la dominacion de Abderramen toda su vida. Tampoco se resignó en sosiego el Califa de Oriente á la pérdida de tan hermosa provincia. Envió contra el Ommiada á Ali-ben-Mogheit, quien tratando al nuevo rey como aventurero rebelde (*adugel*), y haciendo llevar una bandera puesta en sus manos por el mismo califa, hacia las más galanas promesas á todo el que se le incorporara. No por eso dejó de ser vencido y muerto por Abderramen. Un intrépido guerrero salió su cabeza y la llevó hasta Bagdad, donde la colgó de los muros del palacio con gran susto de Almanzor, quien tuvo á dicha hallarse separado por tantos paises y mares de tan formidables adversarios.

Sin embargo, se hallaban en España muchos descontentos: personas que habían perdido el